



Rosen, R., Twamley, K. (Eds.) (2018). *Feminism and the Politics of Childhood. Friends or Foes?* London: UCL Press, 314 páginas. ISBN: 978-1-78735-063-2 (PDF).

Este libro, con un título provocador, que también es una pregunta, ahonda en la conflictiva e invisibilizada relación que existe entre los intereses de las mujeres -como grupo social- y la llamada “cuestión de las niñas y los niños” o las políticas de infancia. El libro surgió tras un seminario realizado en el University College de Londres, Reino Unido, en noviembre de 2015 y fue publicado con acceso abierto (<https://bit.ly/2P5w9nS>), asumiendo un carácter innovador y democrático frente al conocimiento.

Las editoras reconocen que el debate sobre género e infancia lleva varios años dentro de las ciencias sociales; Erica Burman lo define como *womenandchildren* (todo junto) y Cynthia Enloe, como *women versus children*. El sentido de este libro, justamente, es develar el supuesto antagonismo que existiría en el ámbito académico, en los movimientos sociales y en las políticas públicas entre la niñez y las mujeres, en cuanto grupos sociales diferenciados, con demandas e intereses distintos. Rosen y Twanley (2018: 23) identifican algunos tópicos claves en este antagonismo. Por ejemplo, la perspectiva interseccional que hoy se ha tornado en una herramienta indispensable para abordar los estudios de género, también es útil para ayudarnos a comprender que las infancias (en plural) son situadas, donde variables tales como la edad o la generación no pueden imponerse sobre el género, sino que deben considerarse al unísono. A su vez, las autoras señalan que los estudios de género o los estudios feministas también pueden aprender de los estudios de infancia, donde cada día más se cuestiona el concepto universal de desarrollo evolutivo, o la edad. Otro tópico que existe en este debate entre género e infancia se refiere a cómo poder articular las esferas de lo académico y de lo público, asumiendo que lo público no es una entidad monolítica, sino dotada de gran diversidad y lo académico debe necesariamente estar en permanente diálogo con los grupos sociales que experimentan los fenómenos que se están estudiando. Siguiendo la propuesta de la sociología pública de Michael Burawoy, el libro intenta superar esta falsa dicotomía entre lo académico y lo público, de ahí que consigne aportes de investigadoras, activistas e intelectuales que se ocupan del campo de la infancia y/o del género. Por último, otro tópico se vincula a la imagen idealizada de la infancia o del género que se tiene en occidente, especialmente en Europa. De este modo, los diversos capítulos del libro pretenden mostrar la diversidad de infancias que existen alrededor del mundo, tomando una distancia crítica de la imagen eurocéntrica que ha predominado hasta ahora.

Las editoras concluyen que, a menudo, los conceptos de niños/niñas y mujeres han estado vinculados a los conceptos de vulnerabilidad y victimidad, porque estos sujetos han sido vistos socialmente como seres vulnerables y dependientes, especialmente, de un sentido esencialista. Si bien se reconoce el estatus minoritario que ambos sujetos comparten respecto al poder, también es necesario reconocer el carác-

ter relacional de ambos grupos sociales y avanzar en el uso estratégico del concepto de relacionalidad. Por eso, este libro quiere superar el antagonismo de amistad o enemistad que existiría entre la infancia y el feminismo y apuesta por avanzar hacia un lente relacional, asumiendo que en dicha relación hay simultáneamente amor, reciprocidad, opresión, lucha y explotación.

El libro está dividido en tres secciones y tiene dieciocho capítulos. La primera sección se centra en la tensa vinculación entre género y generación. Comienza con el capítulo de Erica Burman quien hace una revisión de los enfoques teóricos que serían útiles a la hora de analizar la relación entre infancia y feminismo. Erica Burman plantea que el enfoque interseccional permite darle mayor complejidad a los fenómenos que se estudian, al integrar diversos ejes de diferenciación, desigualdad y poder. Por lo tanto, cuando hablamos de “niño” (en singular y, en castellano, además, en masculino) o “mujer” (en singular), es prudente preguntarnos -a la luz de la perspectiva interseccional- sobre ¿cuál niño o cuál mujer? ya que dentro del grupo infantil o del grupo femenino existe una alta heterogeneidad y diversidad. Burman señala que el prototipo de “niño” (en singular y masculino) proviene del norte global y, desde ese parámetro, se evalúa a las niñas y los niños del resto del mundo.

La autora considera que la perspectiva psicosocial también resulta útil para estudiar la vinculación entre género e infancia, porque integra el rol de la fantasía, lo irracional, lo afectivo, la inconsciencia y el cuerpo, más allá del racionalismo binario imperante en cuanto al desarrollo evolutivo infantil. En este sentido, sugiere la noción *deleuziana* de liminalidad e inmanencia, porque permitiría ver a la infancia como un proceso, un devenir. Un *become* positivo, en contraste con el *becoming* negativo, que se utiliza para interpretar la inmadurez o irracionalidad de niñas y niños como seres que llegarán a ser (en la adultez), pero aún no son, propio del enfoque evolucionista. Por último, la autora estima que frente a la predominancia del enfoque evolutivo, los estudios críticos de la discapacidad pueden ser una herramienta teórica útil, porque aportan una noción revisada y de-construida de competencia, cuestionando el esencialismo que subyace en los conceptos de autonomía e independencia de la niñez. Así, se podría relativizar la noción de desarrollo infantil y analizarlo de modo situado, según las condiciones de vida de cada niña o niño, lejos de parámetros normativos. De modo personal, me parece interesante la articulación de este último enfoque, porque no siempre ha sido considerado en los estudios de infancia en general, salvo cuando se está trabajando la niñez en situación de discapacidad.

En esta primera sección, sigue un capítulo de Merryn Edwards con fotografías sobre una acción de resistencia a las ayudas sociales estatales llevadas a cabo por mujeres trabajadoras. Luego, un capítulo de Susana Borda en torno a los hogares comunitarios dirigidos por mujeres en Bogotá (Colombia), reflexiona sobre sus necesidades y el ejercicio de sus derechos laborales, al mismo tiempo que se respetan los derechos de las niñas y los niños que son cuidados. Después, sigue un capítulo teórico de Rachel Thomson y Lisa Baraitser relativo a la perspectiva relacional que cada día más se comienza a utilizar en los estudios sociales y que es recomendable aplicar cuando hablamos de fenómenos como la infancia y la maternidad, los cuales están eminentemente relacionados entre sí, de tal modo que no se puede pensar uno sin el otro. Posteriormente, viene un capítulo reflexivo de Debolina Dutta y Oishik Sircar acerca de cómo el feminismo podría facilitar diversas formas de participación a los sujetos que pretende representar, en este caso, a las mujeres, las niñas y los niños. Esta sección cierra con una entrevista a Liz Clegg. Desde nuestro punto de

vista, el capítulo más interesante de esta sección, es el penúltimo y lo escribe Elena Fiddian-Qasmiyeh sobre las niñas en los campamentos de refugiados saharauis. Dichos campamentos han sido altamente idealizados como espacios donde las mujeres están empoderadas. Sin embargo, esto ha invisibilizado a las niñas que no responden a ese ideal de mujer refugiada. La autora se pregunta ¿cómo devenir (en el sentido *deleuziano*) niña en un campo de refugio? Para responder a ello se indagaron las relaciones de género y edad a través de observación participante. Por un lado, se analizó un viaje de tres días hacia las dunas locales organizado por una ONG española que interviene en el campo de refugio. Esta actividad generó conflictos entre las profesionales y las madres, porque estas últimas solo autorizaron que sus hijos varones e hijas pequeñas fueran al viaje -argumentando que no sabían dónde dormirían las adolescentes, ni qué contacto tendrían con los niños-, lo que fue incomprendido por las profesionales. Por otro lado, se registró que las adolescentes eran vigiladas constantemente y no tenían libertad de movimiento dentro del campo de refugio; por ejemplo, debían permanecer la mayor parte del día dentro de sus hogares y, preferentemente, en sus habitaciones. Además, se les asignaba una gran carga de trabajo doméstico, incluso algunas eran obligadas a dejar los estudios para cuidar a sus hermanos menores. Las adolescentes dijeron sentir un gran malestar por haber dejado los estudios y lo veían como una injusticia. En otras investigaciones también se ha comprobado que sobre el cuerpo de las niñas y las adolescentes recaen una serie de prácticas de poder y dominación de parte de la familia (como la vigilancia), pero también de resistencia desde las propias actoras (Fingerson, 2005).

La segunda sección del libro trata sobre el trabajo de la vida y empieza con un capítulo teórico de Rachel Rosen y Jan Newberry sobre las tareas de reproducción social, en donde están implicadas necesariamente las mujeres y la niñez; sigue una entrevista a Selma James quien reflexiona en torno a las responsabilidades del Estado y de la ciudadanía frente al bienestar; continúa con un capítulo reflexivo de Gina Crivello y Patricia Espinoza-Revollo acerca del concepto de cuidado en las relaciones entre mujeres y niñez; posteriormente hay un capítulo de Kristen Cheney relativo a los dilemas feministas que plantea la gestación subrogada; sigue un capítulo de Valeria Llobet y Nara Milanich donde se aborda el tema de las ayudas sociales que reciben las madres en un barrio argentino; por último hay un capítulo de Tanya Pace sobre la participación de niñas y niños en prácticas de crianza alternativas o disidentes, en las comunidades indígenas.

La última sección aborda experiencias de participación y movimientos sociales. Así, se inicia con un capítulo de Virginia Caputo en torno a los matrimonios a temprana edad; le sigue otro de Sri Marpinjun, Nindyah Rengganis, Yudha Andri Riyanto y Fransisca Yuni Dhamayanti acerca del rol del feminismo en la educación primaria. La sección continúa con un capítulo de Sevasti-Melissa Nolas, Erin Sanders-McDonagh y Lucy Neville, quienes analizan las estrategias frente a la violencia intrafamiliar; luego sigue un capítulo de Ohad Zehavi relacionado con devenir (en el sentido *deleuziano*) sujeto mujer o sujeto niña-niño, y, por último, hay una entrevista al educador peruano Alejandro Cussiánovich.

Con todo, el libro es un aporte indispensable al debate sobre infancia y género. Hace años que los movimientos feministas y algunos paradigmas críticos al interior de las ciencias sociales vienen cuestionando la división sexual del trabajo y el trabajo de cuidado, dada la relación de poder y desigualdad que ello implica. Si bien en algunos países han surgido políticas públicas para responder a estas demandas,

todavía en nuestras sociedades persiste la visión de las niñas y los niños como seres esencialmente dependientes y con necesidad de cuidado, al mismo tiempo, se sigue pensando que las mujeres están destinadas biológicamente para realizar este tipo de trabajo que, a veces, deben hacer en condiciones de precariedad, irregularidad y escaso prestigio social. Pero también, han surgido movimientos sociales que reivindican la labor del cuidado como un espacio de poder y emancipación. De ahí que se trate de un asunto político de extrema complejidad, donde todas las decisiones son determinantes. Así las cosas, es lógico que los asuntos de la infancia estén directamente vinculados con las mujeres y, por extensión, con los roles de género, los feminismos, la igualdad y el poder. Sin duda, los temas de cuidado e infancia deberían interesar al feminismo (Alanen, 1994; Mayall, 2000). Infancia y género son asuntos que deben ir concatenados, no obstante, hasta ahora ha existido cierto antagonismo entre estos ámbitos. Ya en los años setenta, Shulamith Firestone -autora citada en varios capítulos de este libro- (1973) ofreció una convergencia teórica y política entre el feminismo y la infancia; ella dijo que la liberación de las mujeres debe ir de la mano de la liberación de las niñas y los niños, ya que, por ejemplo, la familia patriarcal constituye una fuente de opresión para ambos grupos.

Desde una visión valorativa, es destacable que en este libro se hayan incluido voces provenientes del activismo o la intervención social, además del tradicional ámbito académico, pero se echan en falta artículos escritos por niñas, niños y adolescentes provenientes de distintas realidades sociales y económicas o de diversos territorios y edades. Además, recordemos que este es uno de los tópicos que las mismas editoras reconocen, porque se tiende a pensar en una falsa dicotomía entre lo académico y lo público. De ese modo, se podrían haber complementado muy bien los discursos que el mundo adulto enarbola sobre el mundo infantil y haber creado instancias de diálogo y debate donde se considerase a las niñas, los niños y adolescentes como interlocutores legítimos y legitimados para hablar sobre los fenómenos que les conciernen y, además, en el marco del prestigio que otorga una publicación académica. Desde una mirada crítica, el hecho de que las autoras y los autores de los capítulos del libro sean personas adultas provenientes del mundo académico, activista o profesional muestra que se sigue reproduciendo un discurso emanado desde ciertos mundos adultos sobre el mundo infantil.

Otra crítica que se puede hacer al libro se relaciona con el uso del concepto de feminismo en singular, como si se tratara de un enfoque con una sola línea. Del mismo modo que cuestionamos la utilización de conceptos universalistas o esencialistas como la “mujer” o el “niño”, también podríamos preguntarnos si es pertinente hablar de feminismo o si, más bien, sería correcto hablar de feminismos. Sabemos que el feminismo es un movimiento político y, también, en los últimos años se ha constituido como un enfoque teórico donde convergen una gran cantidad de posturas respecto a cuestiones tan importantes como el cuerpo, la maternidad, la infancia o el cuidado. Actualmente, se asume la pluralidad de visiones al interior del feminismo como un rasgo característico y, en general, se valora como algo positivo. Por ejemplo, el feminismo de la igualdad podría plantear que dado que el cuidado de la infancia ha sido una pesada carga que ha recaído históricamente sobre las mujeres, es el momento de exigir acciones estatales como la creación de políticas públicas de corresponsabilidad para que los hombres asuman su tarea en el cuidado infantil. Estos planteamientos podrían ser contrarios a un feminismo de la diferencia, que no espera intervención del estado patriarcal y defiende que el cuidado de la infancia ha sido

y debe seguir siendo un espacio de poder histórico para las mujeres, que debe ser preservado como tal y no debería ser entregado a los hombres. Entonces, vale la pena que nos preguntemos ¿Con cuál de estas posturas -o con sus matices- nos identificaríamos quienes abogamos por un concepto de infancia alejado de un esencialismo desarrollista? Si creemos que las niñas y los niños son sujetos de derechos, actores sociales y protagonistas de su propio proceso de crecimiento y experiencias de vida, ¿con qué feminismos podemos dialogar para encontrar sintonías ético-políticas?

Referencias bibliográficas

- Alanen, L. (1994). Gender and generation: feminism and the “child question”. En J. Qvortrup, M. Bardy, G. Sgritta, H. Wintersberger, H. (Eds.), *Childhood matters. Social Theory, Practice and Politics* (pp. 27-42). European Centre Viena.
- Fingerson, L. (2005). Agency and the Body in Adolescent Menstrual Talk. *Childhood*, Vol. 12, Issue 1, pp. 91-11. DOI: <https://doi.org/10.1177/0907568205049894>
- Firestone, S. (1976[1973]). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.
- Mayall, B. (2002). *Towards a sociology for childhood. Thinking from children's lives*. Philadelphia: Open University Press.

Iskra Pavez Soto
Universidad Bernardo O'Higgins (Chile)
Iskra.pavez@ubo.cl